

LA "ESTANFLACION": ¿UNA NUEVA AMENAZA?

arturo lópez muñoz

LOS resultados de la evolución seguida por la economía de los principales países capitalistas durante 1970 —ya ampliamente difundidos— están provocando una amplia discusión, de alcance por el momento imprevisible, entre los más destacados especialistas de la ciencia económica aplicada del mundo occidental. Hasta el momento, el desconcierto y la confusión se han generalizado; los principales instrumentos de utilización tradicional con que cuenta la política económica para el control del ciclo a corto plazo se revelan ineficaces; los dogmas científicos relacionados con la política monetaria o el análisis de la inflación y la depresión se quiebran aparatadamente. Ni las propuestas keynesianas ni las nuevas puntualizaciones de Friedman sobre el control de las disponibilidades líquidas pasan de ser soluciones medianamente aceptables; los economistas, esa nueva secta que el desarrollo industrial ha multiplicado, son llamados a consulta y requeridos para la búsqueda de nuevas soluciones. Pero estos problemas, que casi podrían calificarse de «domésticos», se complican porque se suman a los que ya se venían apuntando desde diversas perspectivas sobre la sociedad americana y, en general, sobre las sociedades capitalistas más avanzadas (véase, por ejemplo, el artículo de M. Bosquet en TRIUNFO, número 457).

Muchos sociólogos, fundándose en diferentes premisas y observando las tendencias que se advierten en las nuevas generaciones, anuncian el comienzo de una época de crisis. Y, como en toda época de crisis, las corrientes utópicas —el despegue de la realidad cotidiana— comienzan a afluir y a multiplicarse en desbordante imaginación. La «tranquilidad» y el «sosiego» de la sociedad opulenta pueden verse amenazados. Sin que ello suponga desconocer el hecho de que, por el momento, el sistema no

carece de recursos suficientes para amortiguar, asimilar, reprimir o desplazar, en su caso, cualquier tendencia o fisura que ponga en peligro su propia continuidad.

ESTANFLACION = ESTANCAMIENTO + INFLACION

¿Pero en dónde residen las dificultades económicas? ¿Se trata, tal vez, de nuevas tensiones que simplemente afectan al sistema monetario internacional? En realidad nos enfrentamos, en principio, con una confusa y desconcertante situación si atendemos a la evolución de la coyuntura económica de la mayor parte de los países capitalistas: coyuntura cuya ambigüedad reside en que los síntomas propios de una situación inflacionista (alzas de precios, etcétera, etcétera) se confunden con los efectos de una coyuntura recesiva o de estancamiento (aumento de la tasa de desempleo, dificultades en muchos sectores productivos, incremento de «stocks», etcétera, etcétera). A esta situación, aún no definida específicamente, se la ha calificado, por el momento, con un sobrenombre —la «estanflación»— que viene a sumarse a esa ya larga y copiosa jerga que los economistas —y a veces los políticos— han introducido en el mundo de hoy.

Frente a una situación calificada de «estanflación», la acción de la política económica no está aún perfectamente delimitada. Ni los instrumentos que puso en práctica el análisis keynesiano, ni los «paquetes» de medidas coyunturales que después han ido perfeccionándose, se muestran eficaces. Hasta ahora —y desde la crisis de 1929— la política económica, con más o menos dificultades, pero con indudable eficacia, le ha tomado el pulso a la coyuntura económica, poniendo a disposición de la continui-

dad del sistema una serie de instrumentos que correspondían a la política monetaria (elevación o reducción de los tipos de interés, expansión de créditos, etcétera, etcétera) o a la política presupuestaria y fiscal. Así, ante cualquier situación inflacionista, puesta de manifiesto en las alzas de precios, en la agudización de la espiral precios-salarios, o en desequilibrios acentuados en la Balanza de Pagos, por ejemplo, la política económica ha contado con instrumentos adecuados para restar liquidez del sistema, disipando las tensiones y controlando los efectos que podrían derivarse de su progresiva agudización. De esta forma, el ciclo, en los principales países capitalistas, ha sido eficazmente controlado, y, en cualquier caso, la utilización de otros mecanismos correctores —principal aportación de la ciencia económica de estos últimos años— ha bastado para asegurar la continuidad del sistema, limitando sus tensiones y aprovechando sus desequilibrios. Ya en los países subdesarrollados, o en vías de desarrollo, los problemas no han resultado tan sencillos: la evolución de las economías latinoamericanas, por ejemplo, ha puesto de manifiesto con regularidad sorprendente cómo la simple acción de los instrumentos de la política monetaria y anticíclica resultaban insuficientes para superar unas deficiencias de base cuya corrección exige —por su naturaleza de economías dependientes respecto a otros países— transformaciones radicales, como, una y otra vez, han subrayado destacados economistas desde diversas posiciones (Celso Furtado, P. Baran, Aníbal Pinto, O. Sunkel, etc.), para los cuales la acción de la política económica no es independiente de unas determinadas estructuración y consolidación de las relaciones sociales, que supone siempre la explotación de amplios sectores de la población o de la clase trabajadora.

DESEMPLEO CRECIENTE Y ALZAS DE SALARIOS

Pero, ahora, incluso en los países desarrollados, la situación resulta mucho más compleja y viene definida precisamente por su ambigüedad: Si las medidas que se ponen en práctica contra una situación de «estanflación» son de naturaleza expansiva —pretendiendo incidir favorablemente en una coyuntura recesiva o de estancamiento, que afecta a algunas actividades económicas— se corre el riesgo de que las tensiones inflacionistas, también existentes, puedan verse agravadas en un espacio de tiempo relativamente corto. Si, por el contrario, se trata de actuar sobre tales tensiones, se corre el peligro de que los niveles de desempleo y las altas tasas de infrautilización que afectan a muchas actividades productivas se agudicen considerablemente. Es decir, resulta que, en definitiva, la inflación y el estancamiento, dos posiciones del ciclo que antes difícilmente se habían presentado juntas, ensambladas en el mismo proceso, ahora se confunden, dando lugar a una nueva situación, distinta cualitativamente de las anteriores, que exige un tratamiento diferente y complejo, tratamiento que, por el momento, no ha recibido una delimitación y concreción suficientes.

Los problemas derivados de una situación calificada de «estanflación» se extienden en la actualidad a la mayor parte de las economías desarrolladas. Así, en 1971, *Gran Bretaña* corre el riesgo de ser entre todos los países de la O. C. D. E. aquel donde el crecimiento será más lento y la inflación más rápida; el número de parados se elevaba, en el pasado mes de febrero, a 720.000, esperándose que aumente en los próximos meses (véase «L'Expansion», diciembre 1970, número 36, y marzo 1971, número 39); las alzas de salarios, sin embargo, superaron en 1970, por término medio, el 13 por ciento en la industria y los servicios

LA 'ESTANFLACION': ¿UNA NUEVA AMENAZA?

(véanse cuadro n.º 1 y gráfico número 1). En Francia, con 300.000 demandas de empleo no satisfechas —los niveles más altos alcanzados después de la segunda guerra mundial—, el paro pasa a ser la preocupación fundamental (véanse cuadro núm. 1 y gráfico número 1) de un Gobierno que no acierta a dar con la combinación adecuada para asegurar la expansión en la estabilidad, uno de los «mitos» más extendidos de la economía occidental. En Italia, la respuesta de la acción sindical a las alzas de precios ha sido suficientemente expresiva (véase cuadro núm. 1), pero también, al mismo tiempo, el ritmo de actividad económica se resiente y la situación de las pequeñas y medianas empresas se deteriora por momentos: según el Ministerio de Trabajo, 230.000 empleos están en juego en los próximos meses. En Japón, el ritmo de crecimiento económico, según la Agencia para la Planificación Económica, será del 9 por ciento, en términos reales, para la primera mitad de 1971, y del 10 por ciento, aproximadamente, para todo el año, tasas de crecimiento que, como señala «L'Expansion» (número citado), son extremadamente elevadas para europeos y americanos, pero para los japoneses, habituados al 12 y al 15 por ciento, supone un cierto «ralentissement» del crecimiento. Aun así, las tensiones inflacionistas no han desaparecido —se prevé una tasa de crecimiento de los precios del 5,5 por ciento para 1971— y como, por otra parte, el tipo de interés de los Bancos americanos es actualmente inferior al de los Bancos japoneses, las empresas, en particular las extranjeras, han acudido al mercado de dólares, provocando un fuerte aumento de las reservas y poniendo otra vez sobre el tapete —en momento en que las tensiones inflacionistas se dejan sentir— la cuestión de la revaluación del yen. (Véase «L'Expansion», art. citado). En Estados Unidos, los salarios se han elevado sólo el 5,3 por ciento (agosto 1971-1970), pero el Producto Nacional Bruto, según las estimaciones de la O. C. D. E., ha descendido en un 0,25 por ciento en 1970, al mismo tiempo que los precios se han elevado nada menos que en un 5 por ciento (véanse cuadros números 1 y 2).

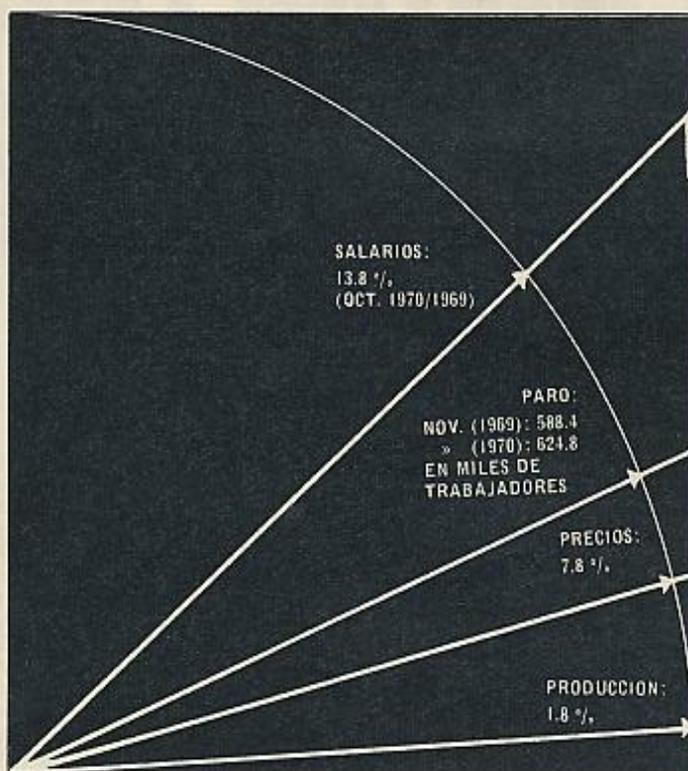
Respecto a la economía española, salvando, naturalmente, todas las distancias, su inserción en este proceso viene a demostrar esa mayor dependencia del exterior, que se hace especialmente notar en los años 60: las alzas de precios y salarios, muy similares en 1970 a la de los países de la C. E. E., contrastan también con una situación recesiva que

afecta a determinadas actividades económicas (industrias de la construcción, del automóvil, etcétera, etcétera) y que se han manifestado en una creciente infrautilización de la capacidad productiva o en unos niveles de «stocks» muy por encima de lo que puede considerarse como normal (véase encuesta trimestral de la S. G. T. del Ministerio de Industria). El reciente «paquete de medidas» —más bien un «hatillo», como diría el profesor Ros Hombravella— ha venido a incidir precisamente sobre esta situación, promoviendo una serie de medidas expansivas, que habrán de acentuar las tensiones inflacionistas (véase cuadro número 2), que ya venían también manifestándose en los últimos meses.

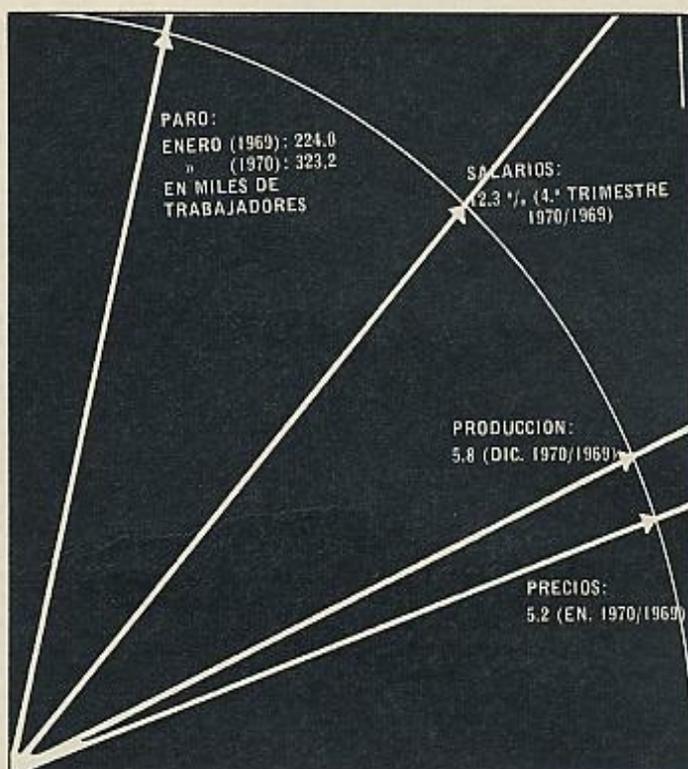
¿HACIA UNA SOLUCION DE RECAMBIO?

Aquí no se trata, y ahora tampoco sería la ocasión, de un examen de las causas que han motivado la proliferación de todos estos fenómenos que pueden calificarse de insólitos o desconcertantes en las economías de los citados países. Ellos están relacionados, sin duda, con el progresivo déficit de la Balanza de Pagos americana y su repercusión, a través de múltiples mecanismos, sobre las restantes economías; déficit que hay que explicar teniendo en cuenta factores como la guerra del Vietnam, el creciente desarrollo de las inversiones americanas en Europa y otros países, la crisis del sistema monetario internacional, etcétera, etcétera, factores todos ellos cuyo tratamiento exigiría un estudio mucho más profundo que no estamos en condiciones de hacer. Se trata, exclusivamente, de presentar unos hechos que permiten extraer ya algunas primeras conclusiones:

—Que un alto nivel de desempleo o un crecimiento de las cifras de paro es compatible —contra lo que suele ser la norma en los manuales de teoría o política económica— con un alza también creciente de precios y salarios, lo que pone en entredicho, entre otros postulados, la ley de Phillips, que, hasta el momento, había constituido un dogma inamovible en muchos centros de enseñanza de la ciencia económica; que los salarios actúan como «precios administrados» —lo que ya ciertamente sabemos—, reaccionando fundamentalmente ante las alzas de precios, sea cual sea la situación coyuntural por la que atraviesan algunas actividades económicas. Que las medidas de política, a las que antes se ha hecho referencia, que constituyen el



GRAN BRETAÑA: Una de las situaciones más difíciles desde hace muchos años; alzas de salarios, precios e incremento del paro.



FRANCIA: El paro y los salarios también crecen al mismo tiempo. Fuente: Office Statistique des Communautés Européennes, «L'Expansion», números 35, 36 y 37.

principal punto de apoyo de la política anticíclica al uso en la mayor parte de los países capitalistas desarrollados, resultan prácticamente inoperantes para afrontar o corregir los efectos que se derivan de una situación de «estancamiento».

Por ahora no sabemos de soluciones más o menos eficaces que se hayan puesto en práctica en los últimos meses. La propuesta de los expertos de la O. C. D. E. —incidir en la vía del desempleo, incrementando las cifras de paro— es, por una parte, suficientemente clasificadora de las tendencias predominantes en dicho organismo en los últimos años, y, por otra, tan banal como ineficaz, ya que sólo incide sobre una de las partes o elementos de una totalidad sin asegurar su incidencia favorable sobre los restantes: ya se sabe que una creciente tasa de desempleo no ha bastado en Inglaterra, por ejemplo, para eliminar las tensiones sobre los precios o las alzas de salarios. En cualquier caso, colocados en una disyuntiva semejan-

te, sería preferible optar por el sendero de la inflación, cuyos efectos, con ser lamentables, pueden ser tolerados relativamente mejor por amplios sectores de la población, especialmente aquellos que cuentan con organizaciones sindicales estructuradas convenientemente para ofrecer una respuesta —al menos en el terreno de las reivindicaciones económicas— a los desequilibrios y tensiones que genera todo proceso de acumulación. En realidad, la sociedad capitalista avanzada no sólo se está mostrando ineficaz para satisfacer unas crecientes necesidades individuales y sociales —que no suelen coincidir con las que el sistema pone en funcionamiento—, sino que está exigiendo, como puede comprobarse, unos niveles crecientes de paro e infrautilización —a pesar de un progreso relativamente importante—, al mismo tiempo que la inflación pasa a ser otra de las piezas decisivas sobre la que habrá de descansar la continuidad del ciclo económico. ■
A. L. M.

CUADRO N.º 1

EVOLUCION DE LOS SALARIOS EN 1970

PAISES	Incremento (%)
República Federal Alemana (Ind., manufact., construcción y O. P.)	15,1
Francia (Idem)	12,3
Holanda (Idem)	13,2
Bélgica (Idem)	13,1
Luxemburgo (Idem)	14,8
Italia (Ind. de la constr./obreros)	18,6
Italia (Ind. manufacturera/obreros)	21,0
Gran Bretaña (Industria y servicios)	13,8
Gran Bretaña (Industria manufacturera)	15,0
U. S. A. (Ind. manufact., construcción, etcétera)	5,3
España (Industria y servicios)	15,4

FUENTE: Office Statistique des Communautés Européennes, Estadísticas Generales, 1971, número 1, a. I. N. E. (España). Para Francia, Holanda, Bélgica (4.º trimestre de 1970, sobre cuarto trimestre de 1969); R. F. Alemana (tercer trimestre 1970-69), Luxemburgo (segundo trimestre), Italia (septiembre 1970/septiembre 1969), Gran Bretaña (octubre 1970/octubre 1969), España (tercer trimestre 1970-69).

CUADRO N.º 2

EVOLUCION DE LOS PRECIOS AL CONSUMO EN 1970

PAISES	Incremento en 1970 (%)
República Federal Alemana	5,0
Francia	5,6
Italia	5,1
Holanda	5,5
Bélgica	4,1
Luxemburgo	5,1
Inglaterra	7,8
España	7,6
U. S. A.	5,7

FUENTE: Office Statistique des Communautés Européennes, Estadísticas Generales, 1971, número 1 (noviembre 1970/noviembre 1969). 1966 = 100. España: I. N. E. (noviembre 1970/noviembre 1969).

La Capilla siXtina

...OCTUBRE, NOVIEMBRE, DICIEMBRE... NOVIEMBRE, NOVIEMBRE...

La lógica de los calendarios parece muerta, como si la IBM cósmica se hubiera estropeado o enloquecido y el disco rayado de los meses devolviera una y otra vez la palabra: Noviembre... Noviembre... Noviembre... Volvemos a estar en noviembre, en el perpetuo noviembre de hace ya muchos años. Cuando protagonizamos el pasado mes de diciembre o agarrotados, o temerosos o indignados, o numantinos, casi todos los españoles esperábamos que después de diciembre algo profundo iba a cambiar en el entourage político del país. Deduzcan ustedes mismos. Si me veo obligado a hablar del entourage político (ridículo eufemismo) para no caer en la agresividad que tienen las cosas llamadas por su nombre, quiero decir que nuestras esperanzas eran falsas, que después de diciembre volvimos a noviembre, y después otra vez noviembre y otra vez. Se han retomado los signos y los símbolos del insustancial noviembre, no se ha aprovechado la profunda respiratoria del mes de diciembre para hacer limpieza de pulmones. De nuevo una amable asma noviembreina nos mantiene en este precario respiración con la que vamos tirando.

El tema del asociacionismo parece preocupar mucho a los comentaristas políticos de la Villa y Corte. Los comentaristas políticos nos hemos convertido en bailarines de puntillas, para que se nos note, pero no demasiado (el entourage político deja bailar con la condición de no hacer excesivo ruido). Y el tema del asociacionismo salta y juega en palabras y ademanes, agudiza el renovado ingenio verbal de nuestros parlamentarios que no tienen ni prisas ni pausas en el arte poético de no decir lo que deberían decir para así no hacer lo que deberían hacer. Tal como están planteadas las cosas, el primer grupo político espontáneo que podría cruzar la maroma del asociacionismo es el de cultivadores del champiñón y si es de agradecer que, según se dice, no será preciso demostrar que se comulga los nueve primeros viernes de mes para poder asociarse, no falta quien piensa (y pueda decirlo) que transigir con esta liberalidad es el principio del fin.

Las consecuencias de este «no haber pasado nada» son el desencanto y la desidia nuevamente agarrotando el tenue corazón de nuestras élites. Se las ve aplastadas por el peso de la evidencia de la gran avería, perpetua, eterna avería del gran perpetuo eterno noviem-

bre de nuestra convivencia. Las hay que ya hablan de una definitiva diáspora de españoles partidarios de que enero venga inmediatamente después de diciembre y, si es posible, que a continuación suba al marcador cósmico febrero, y marzo y abril. Tal vez sea mucho pedir. ¡Hay tantos descontentos congénitos y desagradecidos! La cuestión es que cunde entre las élites la consigna de cambiar de país, de idioma y dejar esta provincia en manos de sus latifundistas perpetuos y eternos.

—Si yo tuviera quince años —me decía un importante escritor catalano-baleare— aprendería bien el inglés, marcharía a Londres y a publicar allí. Esto ya es un cachondeo. Después vendría a España de vacaciones. Las vacaciones se pasan muy bien aquí.

Algunos testigos presenciales hicieron enmudecer al apóstata cuando le informaron de que Inglaterra caminaba —como siempre se suele caminar en estos casos— a pasos agigantados hacia el fascismo.

—Pues me iré a París.

—Ahí ya están en pleno fascismo neocapitalista.

—Pero pueden ver «Mash» y se publican caricaturas de Pompidou.

—Entonces tú lo que reclamas es libertad de expresión pequeño-burguesa. Esa ya te la darán en el plazo de diez o quince años. El mismo tiempo que tardarías en asimilar el inglés como instrumento para tu oficio.

Languidecen las élites.

Tras el frenesí diciembreino volvió la hojarasca deshabilitada del noviembre perpetuo, eterno, tras la cirrosis volvió la anemia, tras la tempestad volvió el cielo encapotado. Menelao el Areopagita, que, aunque es griego, tiene un talento muy británico, suele sentenciar.

—No hay que desanimarse nunca. Los burgueses tardaron más de seis siglos en llegar al poder y aún entonces no pudieron hacer *tabula rasa* con todo lo anterior.

La flema de Menelao me pone muy nervioso, me parece de muy mal gusto plantear el tema del poder burgués. Por aquí ha habido mucha gente que ha especulado sobre si en España se había hecho o no la revolución liberal. Originales en todo, creo que se ha conseguido el poder burgués sin ninguna de las incomodidades liberales que históricamente de él se han derivado. Y lo más preocupante es el lógico asunto de que después de diciembre hayamos vuelto a noviembre.

SIXTO CAMARA